

WORKSHOP/ TALLER DE DISCUSIÓN "Catolicismo y cuestión social: de la Rerum Novarum al papa Francisco"

Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, jueves 29 de octubre de 2015

Título de la ponencia: Los católicos frente al plan de lucha de la CGT de 1964: de la intervención de Caggiano a las propuestas de *Criterio*.

Autor: Mariano D. Fabris

Pertenencia: UNMDP/CONICET

Contacto: marianofabris76@gmail.com

Introducción

Entre mayo y junio de 1964 se desarrolló la etapa más importante del Plan de Lucha que la Confederación General del Trabajo (CGT) había anunciado durante el gobierno de José M. Guido (1962-1963). A lo largo de esos meses la central obrera incluyó en su protesta - además de las habituales huelgas, solicitadas y movilizaciones- la toma de fábricas. La ocupación de los establecimientos por parte de los obreros significó un salto cualitativo y cuantitativo -por la cantidad de fábricas afectadas y de trabajadores movilizadas- en las prácticas de confrontación. El impacto simbólico de las tomas -en general por escaso tiempo y sin hechos de violencia- generó una fuerte conmoción para el gobierno de Illia (1963-1966), surgido en elecciones deslegitimadas por la proscripción del peronismo y poseedor de una base de apoyo exigua.

Entre los actores que se movilizaron, a favor o en contra de las medidas *cegetistas*, los que provenían del ámbito católico tuvieron un rol destacado. Sin ir más lejos, el cardenal Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires, fue protagonista excluyente en el intento más importante por generar espacios de diálogo que permitieran arribar a un acuerdo entre los actores involucrados, en particular, el gobierno, los empresarios y los obreros. Tomando como punto de partida esta intervención, el objetivo de esta ponencia es analizar las perspectivas de la revista *Criterio* frente al conflicto.

La revista *Criterio* se constituyó a lo largo del siglo XX en la publicación más importante dentro del catolicismo argentino y se expandió más allá de sus márgenes como referente en el campo intelectual. *Criterio* apareció en 1928 con el auspicio de intelectuales nacionalistas vinculados a los Cursos de Cultura Católica y fue dirigida, en su primera etapa, por Atilio dell'Oro Maini (Rapalo, 1990; Zanatta, 1996). Surgió como una revista de actualidad y cultura, atenta a los debates políticos e ideológicos pero también a la producción literaria, el cine, la música, las artes plásticas, la teología, la pastoral de la Iglesia, la historia y la filosofía.¹ La consolidación de la Iglesia argentina en la década de 1930 llevó a que la revista asumiera un perfil clerical mucho más acentuado, cuando quedó bajo la dirección de monseñor Franceschi, entre 1932 y 1957 (Mejía, 1977: 673). Tras la muerte de Franceschi, y hasta finales de 1977, la revista fue dirigida por el presbítero Jorge Mejía y con su influjo adquirió un rol protagónico en la renovación del catolicismo argentino a partir del Concilio Vaticano II.

Teniendo en cuenta entonces que *Criterio* constituye una voz reconocida y valorada dentro del catolicismo, nos interesa analizar sus posicionamientos frente al Plan de Lucha de la CGT, porque consideramos que remiten a preocupaciones más generales sobre el sistema político, el peronismo y la democracia y, también, porque entendemos que en ese conflicto se condensó una serie de conflictividades que apenas manifestadas irían emergiendo con mayor fuerza en un futuro cercano. En este sentido, la intervención de Caggiano, encuadrada en la tradicional propuesta de armonía de clases y motivada por el temor al comunismo y la “subversión” del orden establecido, podía ser cuestionada, implícita o explícitamente, por aquellos católicos que ponían en primer lugar su compromiso con los sectores populares o por aquellos que, como *Criterio*, defendieron cambios sustantivos en el orden político y social aunque ajenos a las soluciones más radicalizadas.

El trabajo está organizado en tres partes. En la primera se describe someramente el Plan de Lucha. Posteriormente observamos de qué forma intervinieron en él figuras del catolicismo, en particular el cardenal Caggiano subrayando también otras voces alternativas que

¹ La diversidad de temas tratados, la profundidad de los debates suscitados y la calidad de las plumas que nutrieron las páginas de *Criterio* convirtieron a la revista en un objeto de estudio privilegiado por los investigadores. Entre la bibliografía existente pueden destacarse los trabajos de Rapalo (1990), De Ruschi Crespo (1998), Acha (2000), Rodríguez (2003), Jesús (2007), Borrelli (2012), Pattin y Schkolnik (2013) y Lida (2015).

exponen la conflictividad creciente en el seno del catolicismo argentino. Finalmente consideramos las perspectivas de *Criterio*. Nuestro análisis se nutre en lo fundamental de las notas editoriales y comentarios de actualidad de la revista, acompañados por fuentes secundarias, diarios y documentos, homilías y cartas pastorales publicadas por el Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina. Si bien la revista *Criterio* incluyó, además de aquellas notas editoriales y comentarios de actualidad, diversos artículos firmados y vinculados en cierta medida con los problemas considerados –se destacan, por ejemplo, los artículos de Gerardo Farrell referente de la pastoral social en Argentina- entendemos que al restringirnos a aquel material lograremos acercarnos a las posiciones de la revista subrayando preocupaciones y perspectivas que trascienden la coyuntura particular considerada.

La CGT y el Plan de Lucha

Con posterioridad al golpe de estado de 1955 y especialmente a partir de su reconstitución durante el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962), el sindicalismo peronista se configuró en la columna vertebral del movimiento y en un actor fundamental en la vida política del país (Godio, 2000). Si en la primera etapa que siguió al golpe y durante los siguientes tres años lo que caracterizó su actitud frente al nuevo orden político fue la “Resistencia”, con su cuota de espontaneidad y falta de organización, sobre el final de la década de 1950 emergió un modelo de acción sindical que incluyó dentro de su repertorio tanto las acciones directas, como la negociación y la búsqueda de acuerdos con los diferentes actores.

En 1961 en un contexto de declive de la confrontación entre el gobierno de Frondizi y el movimiento obrero, el presidente realizó un gesto de acercamiento y puso fin a la intervención de la CGT. La central obrera quedó en manos de la “Comisión de los 20”, grupo de dirigentes que representaban a las 62 Organizaciones peronistas y a sindicatos independientes (Schneider, 2005: 158-159). Esta comisión condujo a la central obrera hasta el congreso normalizador de 1963. En ese congreso realizado entre el 28 de enero y el 1 de febrero hubo un evidente predominio de las 62 Organizaciones, José Alonso fue electo secretario general y se aprobó un estatuto que sostenía, ente otras cuestiones, la necesidad de modificar “las retrógradas estructuras económicas” y anunciaba la pretensión de que la

CGT gravitara “como fuerza social en todos los grandes problemas del país.”² Dos meses después esa CGT reorganizada lanzó el llamado Plan de Lucha que tendría, hasta 1965, cinco etapas. El programa mínimo de ese Plan de Lucha estableció como principales reclamos:

“1- Actualización de salarios en relación al creciente costo de vida; 2- Control de costos y fijación de precios máximos para artículos de primera necesidad; 3- Propugnar la plena ocupación; 4- Pago de jubilaciones y pensiones atrasadas; 5- Eliminación del déficit del presupuesto nacional; 6- Jerarquización de la enseñanza pública; 7- Política crediticia orientada a reactivar la producción; 8- Defensa de la producción del campo argentino; 9- Plan de construcción de viviendas populares; 10- Investigación del peculado y el contrabando; 11- Reincorporación de cesantes por conflictos gremiales”.³

Estos reclamos hicieron evidente aquella pretensión de la central obrera de influir en los grandes problemas del país y de articular la oposición al gobierno. Para esta dirigencia sindical el Plan de Lucha sería de vital importancia en la construcción de una posición de peso en la política argentina de los años 60'. Luego de la primera etapa del Plan llevada a cabo en mayo de 1963 y que consistió en una semana de protesta y una huelga, la etapa más espectacular se desarrolló en mayo y junio del año siguiente e incluyó, como dato sobresaliente, la toma de fábricas por parte de los obreros. Si bien, como sostiene Alejandro Schneider, este recurso ya se había vuelto recurrente durante 1963 como reacción de las bases obreras, ahora era la CGT la que asumía una forma de protesta que desde la perspectiva de muchos observadores contemporáneos tenía un carácter radical y peligroso. El 1 de mayo el Comité Central Confederado de la CGT anunció que esa segunda etapa del Plan de Lucha se desarrollaría entre el 18 de mayo y el 15 de junio e incluiría “la ocupación parcial, zonal y por grupos de las fuentes de producción y establecimientos de comercialización e industrialización”.⁴ Los principales reclamos de esta etapa fueron: aprobación de proyectos sobre salario vital y móvil, derogación de leyes represivas y amnistía, entre otros.⁵

² “Estatuto de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina”. Aprobado por el Congreso Ordinario los días 28 de enero al 1 de febrero de 1963 (en Godio, 2000: 998)

³ Citado en Godio, 2000: 1016.

⁴ *La Capital*, 02/05/1964, p. 1.

⁵ *La Capital*, 12/05/1964, p. 2

La decisión de llevar adelante la toma de las fábricas resultó, en el contexto de la Guerra Fría y el impacto continental de la Revolución Cubana, un signo de alarma para diversos sectores del *establishment* económico, de las FFAA, de la prensa y, como veremos, de la Iglesia católica. La columna de opinión de un diario ponía de manifiesto esos temores: “La ocupación, en una sola jornada, de 310 establecimientos industriales (...) ha sido el hecho más parecido a la técnica del golpe de Estado incorporada a las recomendaciones marxistas en su más elocuente manifestación subversiva”.⁶ Entre las entidades empresarias, ACIEL envió una carta al presidente donde realizó un fuerte reclamo: “el plan de lucha de la CGT se sigue ejecutando. Ni la Nación, ni sus habitantes tienen la sensación de que el gobierno está dispuesto a impedir la continuación de ese plan subversivo”.⁷

La segunda etapa del Plan culminó a finales de junio. En su último tramo se sucedieron diferentes reuniones y encuentros más o menos públicos entre funcionarios, sindicalistas y otras personalidades destacadas. Sin dudas la intervención que mayor relevancia tuvo fue la del cardenal Caggiano.

La Iglesia y el Plan de lucha

En las últimas dos semanas del Plan de Lucha el cardenal Caggiano tuvo una participación activa, intercedió entre la CGT y el gobierno, emitió mensajes llamando a la reflexión de los actores involucrados, recibió a referentes sindicales y visitó al presidente de la Nación. A pesar de la intensa actividad desplegada, Caggiano no cosechó el resultado esperado y la CGT continuó la protesta hasta la fecha estipulada inicialmente. Con su intervención la Iglesia logró desempeñar un papel protagónico en un contexto de incertidumbre y de debilidad de los partidos políticos. Sin embargo, el costo fue alto, en un contexto de proliferación de los debates dentro de la Iglesia, sus disidencias internas alcanzaron un sorprendente grado de exposición.

Más allá de que la búsqueda de ese protagonismo no constituía un rasgo singular de la coyuntura y que la intervención que ensayó Caggiano se enmarcó en la tradicional preocupación de la Iglesia por la armonía social, el escenario político y social argentino le

⁶ Rabinovitz, Bernardo “Doble juego político y una actitud de asombro: Primer saldo de la ejecución de la segunda faz del plan de lucha gremial”, *La Capital*, 24/05/1964, p. 2.

⁷ *La Capital*, 31/05/1964, p. 1

otorgó una connotación singular. Desde la perspectiva de los protagonistas, la crisis económica, la imposibilidad de estabilizar un orden político y la orfandad de la clase obrera por la proscripción del peronismo constituían un caldo de cultivo que podía ser aprovechado por el comunismo. Si bien el sindicalismo peronista había sido considerado un dique de contención para la expansión de las ideas de izquierda entre los trabajadores, ese contexto explosivo, las decisiones de la propia dirigencia sindical de llevar adelante el plan y el activismo de las bases abrían un signo de interrogación sobre aquella certeza.

Las intervenciones de Caggiano evidencian una preocupación constante por estas cuestiones a medida que crecía la tensión entre la CGT y el gobierno de Guido, primero y de Illa, más tarde. Para el arzobispo la raíz de los problemas que enfrentaba la sociedad argentina era, antes que nada, “la separación entre los valores morales y los otros valores, como si lo económico, lo social, lo político, lo profesional, lo científico y lo artístico fueran totalmente independientes de la moral.”⁸ Desde esta perspectiva, el gran problema era “el repudio a Dios como Autor Soberano de la ley Natural”.⁹ A partir de esta lectura que ubicaba a los valores religiosos en el centro del acontecer social, Caggiano como intérprete de esa ley natural, asumió un papel de mediador en los conflictos aunque trató de mostrarse ajeno a disputas concretas que los motivaban. Sus intervenciones fueron siempre en calidad de “pastor de almas” que en busca de la armonía social se ubica por sobre las divisiones y las luchas políticas. Para Caggiano, si Dios no tenía presencia en el ámbito social, empresarios y obreros caerían en una perspectiva materialista –ya sea liberal o marxista– y ello sólo conduciría al caos social. En el mensaje pastoral que ofreció Caggiano con motivo de la asunción de Illia, en octubre de 1963, reflexionó sobre los “peligros” que acechaban:

“Nuestros pueblos reclaman con derecho el bienestar indispensable para la dignidad de su vida y de sus hogares. No podemos someterlos indefinidamente al peligro que implica el espejismo engañoso de las promesas de felicidad que les ofrece la revolución marxista, sin faltar a nuestros deberes”.¹⁰

⁸ “La crisis grave que padecemos en el orden moral es la causa profunda de nuestros males. Pastoral de Cuaresma del cardenal Caggiano”, en *Criterio*, N°1423, 14/03/1963, pp. 186-187.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ “Debemos demostrar que en el régimen democrático es posible el bienestar, el orden y la paz. Alocución del Cardenal Caggiano en la transmisión del mando presidencial”, *Criterio*, N° 1438, 24/10/1983, p. 739.

Posteriormente, en su carta pastoral de Cuaresma, Caggiano retomó la prédica en pos de la armonía social en un mensaje en el que denunció la falta de disciplina. En este mensaje les recordó a los fieles que el obispo debía enseñar y advertir y, si fuese necesario, amonestar, ya que la “vida sin disciplina (...) es vida sin orden”. Agregó que, en función del bien general, la disciplina debía predominar en todos los ámbitos y que, en el ámbito social, ello era una garantía contra “la explotación del hombre y la familia por grupos, empresas o instituciones al amparo o por negligencia del Estado”. Este firme reclamo, según aclaraba, no era “en detrimento de la libertad y la justicia, sino en defensa del orden público frente al peligro de la subversión [y la] revolución social”. Al mismo tiempo incluyó un nuevo reclamo a las autoridades:

“Frente a las amenazas de la lucha social, el pueblo sólo necesita, para mantener su confianza y su paz en el trabajo, la evidencia de que se ha comenzado a trabajar por su bienestar con decisión, orgánica y clarivamente por los poderes del Estado”.¹¹

Ante el anuncio de la segunda etapa del Plan de Lucha, los reclamos de Caggiano se hicieron más enérgicos. Su mensaje con motivo del 1º de mayo de 1964 hizo especial énfasis en los peligros que acechaban: “Tendremos, pues, que elegir entre la evolución y la revolución (...) adelantémonos a realizar lo que reclama como necesidad vital todo nuestro pueblo, si no queremos que lo realice la revolución”.¹²

Un mes más tarde, ya en medio del Plan de Lucha, Caggiano dio a conocer una carta pastoral que tuvo amplia repercusión y que fue el puntapié inicial de una intervención decidida en el conflicto. En esa oportunidad sostuvo con cierta dosis de dramatismo: “Temo que rápida y peligrosamente nos estamos acercando al punto crítico en que la tensión social puede estallar. [Hay] una intuición del peligro de un deslizamiento que puede llevarnos a lo irreparable”. A partir de este diagnóstico grave, el cardenal anunció su disposición a intervenir aclarando que sólo lo haría como “pastor de almas” que puede hablar “sin

¹¹ “La disciplina y el éxito en nuestra vida civil y cristiana. Pastoral de Cuaresma del Cardenal Caggiano”, *Boletín AICA*, N° 401, 03/03/1964 p. 9.

¹² “Sobre evolución y revolución”, *Criterio*, N° 1451, 14/05/1964, p. 338.

compromisos de ningún género” ya que está “fuera y sobre todos los grupos organizados”.¹³

La convocatoria estuvo dirigida al gobierno, a los empresarios y a los obreros organizados y partió de considerar las situaciones de penuria del pueblo y de injusticia social para alertar que “una realidad dura amarga la vida y despierta la tentación, mientras el enemigo malo, con todos los medios organizados persuade y empuja al consentimiento y la aceptación de la violencia”.¹⁴ En conclusión “los paros y las suspensiones de trabajo nos llevan a la miseria exacerbando los espíritus y predisponiendo al choque”.

El 10 de junio Caggiano convocó a los dirigentes gremiales a una reunión y luego, sin previo anuncio, se entrevistó con el presidente de la Nación en dos oportunidades.¹⁵ El compromiso asumido por Caggiano no desembocó en una gestión exitosa. En los días siguientes, la CGT dio a conocer una declaración en la que negaba haber llevado a cabo reuniones secretas con el cardenal para poner fin al Plan de Lucha. La declaración agregaba que las versiones periodísticas presentaban a “la CGT, conversando en privado, ocultándose de los trabajadores” y comprometían a Caggiano “haciéndolo aparecer como gestor, cuando su inquietud ha sido vinculada únicamente a su misión de ‘pastor de almas’”.¹⁶ Finalmente, los representantes sindicales votaron una propuesta de Augusto Vandor –principal referente de las 62 Organizaciones- para proseguir con el Plan de Lucha hasta el 28 de junio. Así se descartó anticipadamente la posibilidad de llevar a cabo una nueva reunión convocada por Caggiano. Más allá del fracaso en las gestiones, el cardenal había asumido una labor de mediación que, aún a título personal, le otorgó a la Iglesia un rol protagónico en un contexto de fuerte conflictividad social y de extrema debilidad de los actores político-partidarios y gubernamentales. La imagen del religioso trasladándose desde las reuniones con los sindicalistas hacia la Casa Rosada hacen aún más evidente la escasa relevancia de los canales institucionales para resolver uno de los principales conflictos que enfrentaba el precario orden político resultante de las elecciones de 1963.

¹³ “Exhortación del Cardenal Caggiano a la paz interna”, *Boletín AICA*, N° 415, 09/06/1964, pp. 1-2.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *La Capital*, 11/06/1964, p. 1; 12/06/1964, p. 1 y 13/06/1964, p. 1.

¹⁶ *La Capital*, 13/06/1964, p. 1.

Es posible argumentar que la intervención de Caggiano no respondió exclusivamente a la búsqueda de armonía frente a la radicalización de los conflictos sociales. Fue también un intento por monopolizar la representación de la Iglesia en un momento en que se manifestaban tensiones generadas tanto por los debates del Concilio Vaticano II, como por el compromiso temporal que asumían algunos sectores católicos. En este sentido las intervenciones de Caggiano pretendieron ordenar un campo en movimiento y activación. En esta búsqueda el arzobispo también encontró límites ya que, más allá de sus pretensiones, no evitó que en el interior de la Iglesia emergieran diferentes perspectivas. Entre la jerarquía, algunos obispos, si bien no cuestionaron el horizonte de consenso que debía guiar la acción pastoral, pusieron mayor énfasis en su crítica a los empresarios y tendieron a marcar mayores coincidencias con los reclamos obreros. A modo de ejemplo, se puede citar el caso del obispo de Morón Miguel Raspanti, quien sostuvo que un problema fundamental era el lucro

“erigido en único fin de la producción (...) Esta mentalidad y esta motivación con que se desarrolla la actividad económica, llevan en momentos como los actuales a que muchos empresarios pongan su mayor preocupación en salvar su capital inicial invertido. Lo reprochable e inaceptable no es que quieran salvar su capital, sino el modo como lo hacen, sin cuidado ninguno del daño que provocan al país y, sobre todo, a aquellos que han hecho posible el lucro, la reinversión y el aumento del mismo capital. Se salva el capital esterilizándolo en fuentes no productivas y más seguras financieramente, o haciendo derivar tales capitales hacia otros países ‘más seguros’. Además de cobardía, tal actitud refleja un parasitismo social que la comunidad nacional no puede permitir en su seno y que mucho menos el cristiano puede tolerar (...). La clase trabajadora ha dado un alto ejemplo de serenidad y paciencia”.¹⁷

Cuando quienes se expresaban eran sacerdotes o laicos comprometidos, los diferentes acentos podían derivar en contrapuntos más profundos, cuya expresión pública desafiaba implícitamente al orden jerárquico. Entre los sacerdotes un caso relevante fue el de Pascual Ruberto, párroco al que la prensa identificaba como “pro peronista” y quien tuvo una actuación destacada junto a los obreros de Berisso, grandes protagonistas de aquellas

¹⁷ *Criterio*, N° 1425, 11/4/1963 Sección documentos: Pastoral de Mons. Miguel Raspanti, obispo de Morón: “Sobre el momento actual argentino” p. 266.

jornadas de protesta.¹⁸ A fines de mayo Ruberto dio a conocer un comunicado apoyando el plan de Lucha y luego visitó la sede de la CGT para expresarlo con su presencia.¹⁹ Pero eso no fue todo, días más tarde el párroco se puso al frente de una marcha de obreros que se dirigió a La Plata con el objetivo de reclamar ante las autoridades provinciales y terminó envuelto en los incidentes que se produjeron por la represión policial.²⁰ El caso de Ruberto dio cuenta de los lazos que algunos sectores del clero tejían con los trabajadores. En esta dirección, la experiencia más significativa fue la de los llamados “curos obreros” que, inspirados en un movimiento surgido en Francia, comenzaron a radicarse en barrios obreros y trabajar en fábricas desde finales de la década de 1950 (Ghio, 2007: 187).

Si faltaba algo para que las tensiones que recorrían la Iglesia se expusieran públicamente, a fines de abril de 1964 una serie de entrevistas que brindaron tres sacerdotes de la provincia de Córdoba a un matutino local abrieron un conflicto que requirió incluso la intervención del nuncio apostólico Humberto Mozzoni. Si bien los temas tratados en las entrevistas fueron de lo más diversos -desde el papel de la Iglesia cordobesa frente a la reforma educativa en la provincia hasta el grado de compromiso de las autoridades eclesiásticas con las reformas auspiciadas por el Concilio Vaticano II- hubo lugar para el Plan de Lucha de la CGT. Fue el padre Erio Vaudagna, profesor de filosofía en el seminario de Loreto, quien más explícitamente se refirió al tema al sostener que el Plan de Lucha:

“Me merece el más amplio respeto y el total apoyo de mi parte. Creo que es hora de que en Argentina no nos sigamos mintiendo entre nosotros mismos. El Plan de Lucha de la CGT es la expresión cabal de un estado de maduración mental de dirigentes y obreros argentinos. No es tarea improvisada. Me aventuraría a decir que no todos los políticos y en especial los diputados y senadores, conocen a fondo ese plan de lucha. Lo que se reclama es absolutamente legítimo y justo. Hay en nuestra clase obrera una perfecta captación de su poder como clase. Exigen lo que les demanda el angustioso momento en que viven. En lo que hace a los dirigentes sindicales, tengo formada una excelente opinión. Quiero ser franco y no tengo intención de aparecer como un cura demagogo: pienso que nuestros dirigentes no tienen

¹⁸ Farrell en su libro lo destaca junto a Plaza como uno de los referentes que, desde el catolicismo, intentó acortar las distancias entre la iglesia y el mundo obrero. Según este autor, Ruberto había estado desde 1957 al lado de los “cristianos de ideario peronista [por quienes, aseguraba] ‘estoy dispuesto a que me arranquen los ojos porque son mis hijos’” *El Pueblo*, 09/10/1959 citado en Farrell, 1992: 203.

¹⁹ *Criterio*, 28/05/1964, p. 1.

²⁰ *La Capital*, 05/06/1964, p. 1.

nada que envidiarle a sus compañeros de otros países inclusive los europeos. Hay más: confío tanto en las bases obreras como en los comandos que dirigen la CGT y los gremios, en cuanto a capacidad, honestidad y juego limpio”.²¹

Luego, dejó una definición sobre el carácter subversivo del plan que no podemos dejar de leer en relación a los temores y las preocupaciones expuestos por Caggiano:

“Lo de subversivo es ridículo y un tanto cómico. Ya dije antes. Todo lo que pueda significar denuncia del capitalismo y de la burguesía en su forma de explotación, rápidamente se lo define de comunista, disolvente, castrista, etc. ¿Hasta cuándo sonaran esas campanas archiconocidas e identificadas por el pueblo? Lo que más lamento de todo esto es que muchos católicos –de sospechosa militancia y conciencia de lo que son- también se unen a las fuerzas antipopulares que como excusa repudian el plan de lucha, disimulando de esa forma su oposición a todo asenso de lo popular.”²²

El respaldo al Plan de Lucha provino también del Centro Sacerdotal de Estudios Pastorales que, a través de una declaración, criticó al “liberalismo manchesteriano que aún perdura en la concepción de la unilateralidad de la posesión de los medios de producción” y sostuvo que el Plan de Lucha “no es más que un síntoma, agudo sin dudas, de un mal mucho más profundo, a raíz del grave estado de injusticia social, fruto de estructuras inaceptables”.²³ No fue una declaración que haya pasado desapercibida, al punto que los periodistas buscaron, infructuosamente, la opinión de Caggiano.

Como se puede observar a través de estos ejemplos puntuales, el mundo católico no permaneció ajeno a los conflictos que cruzaban a la sociedad argentina de los tempranos años 60'. La relación con los obreros, o los sectores populares en términos amplios, mediado a la vez por la cuestión peronista, constituía un elemento importante en la redefinición de los vínculos entre diferentes actores dentro del catolicismo. Era además un momento en el que los debates del Concilio Vaticano II daban impulso al cuestionamiento del orden jerárquico tradicional. Por un lado, sacerdotes y laicos que se ponían al frente de una marcha obrera, que incentivaban y movilizaban y por el otro, una figura como Caggiano que buscaba mantener la intervención de la iglesia dentro de los marcos

²¹ *Córdoba*, 24/04/1964, p. 1. La nota completa, junto a los otros reportajes, se encuentra en Morello, 2005.

²² *Ibíd.*

²³ *La Capital*, 11/06/1964, p. 1.

tradicionales, reclamando el diálogo y la armonía de clases para evitar el mal que realmente preocupaba: el comunismo.

***Criterio*: la participación obrera y el Plan de Lucha**

Ante la intensidad de las intervenciones que frente al Plan de Lucha se registraban en el campo católico, nos preguntamos cuál fue la posición de *Criterio*, una revista que, desde la muerte de Franceschi e incluso antes, se encontraba entre los actores católicos que con mayor ahínco buscaba ampliar sus márgenes de autonomía (Zanca, 2006). Como se sostuvo, las preocupaciones y los temas abordados por la revista fueron siempre diversos; de todas formas, la cuestión social y el Plan de Lucha de la CGT tuvieron una presencia destacada en sus páginas.

Lo primero que es necesario señalar es que toda referencia al movimiento obrero organizado y a la conflictividad que se puso de manifiesto en esos primeros años de la década de 1960, se insertó en una concepción más amplia sobre la democracia. Es posible sostener que para *Criterio*, en el contexto de modernización y de influjo del pensamiento desarrollista, la democracia vigente –especialmente durante el gobierno de Illia- constituía una forma de organización política anticuada y superada por la creciente complejización de la sociedad. Asimismo, entendemos que si bien *Criterio* destacó la intervención de Caggiano frente a los conflictos sociales –y en particular al plan de Lucha- la revista constituyó un espacio de articulación de discursos diferentes que expresaron una lectura más compleja y renovada frente a lo sostenido por el cardenal.

Si el Plan de Lucha tuvo como principales protagonistas a obreros, empresarios y funcionarios gubernamentales, la revista concentró sus críticas en los últimos dos y desplegó una mirada más comprensiva –que no se podría decir comprometida- de los reclamos obreros. Durante el gobierno de Guido, coincidiendo con la primera etapa del Plan de Lucha, la revista ofreció una mirada pesimista y descarnada sobre el país y su clase política. Para *Criterio*, los dirigentes padecían “signos reveladores de un estado próximo a la patología colectiva”²⁴ y frente a ello sólo una modificación sustancial en las formas de participación ampliaría la legitimidad de un régimen en crisis. En este sentido, desde la

²⁴ “La CEPAL y el desarrollo latinoamericano”, *Criterio*, N° 1428, 23/5/1963, Ed. p. 323

perspectiva de la revista, era fundamental ofrecer a los trabajadores la posibilidad de participar de la toma de decisiones que determinaban las políticas del país. Este reclamo de participación en una democracia que se alejaba de su formalismo liberal, constituía uno de los elementos que necesariamente se debían considerar a la hora de evaluar las acciones desplegadas por el sindicalismo. En este marco, las acciones obreras se podían considerar como una reacción frente a una estructura política desfasada, que además se caracterizaba por una evidente ilegitimidad durante el gobierno de Guido. Ante las críticas provenientes de ámbitos empresariales, particularmente de ACIEL, la revista sostuvo:

“Es ciertamente difícil cuestionar la ‘legalidad’ del movimiento de fuerzas cuando las disposiciones que sirven para juzgarlo son cuestionables en sí mismas. Tampoco parece adecuado estimar la actitud de la organización gremial de una manera negativa en el plano ético. En ambos casos, creemos, se dan hechos y actitudes que justifican el recurso elegido, máxime si se tiene presente que se ha acudido a él luego de un lapso relativamente prolongado sin manifestaciones de esa naturaleza, mientras los sectores laborales soportan apremios excepcionales, la desocupación cunde y la inoperancia del gobierno en el plano social es más ostensible que en los demás (...) También lo está, entendemos, como huelga política, en el sentido de expresar oposición a un sistema político o a un estado de cosas que afecta la totalidad de la vida comunitaria”.²⁵

Las elecciones que dieron el triunfo a Illia modificaron, sólo en parte y por un período de tiempo acotado, las perspectivas de la revista sobre el orden político vigente. En el primer editorial posterior al triunfo de la UCRP la revista insinuó, con cautela, cierto optimismo haciendo eje en la necesidad de que el gobierno construyera un orden legítimo. Sin embargo, esta expectativa duró más bien poco y la mirada de la revista no fue ajena a los tópicos en los que se centraban en su crítica al gobierno otras publicaciones, como *Primera Plana*. Si bien en *Criterio* no hubo –al menos en esta etapa– lugar para discursos desestabilizantes como sí ocurría en esas otras publicaciones (Smulovitz, 1993; Taroncher, 2009), apenas dos meses después de la asunción de Illia, la revista católica ya observaba que los

“problemas de ‘siempre’ subsisten o bien permanecen estacionados en su gravedad –desocupación– o bien se agudizan sin que se adviertan planes o ideas

²⁵ “Semana de protesta: recurso lícito”, *Criterio*, N° 1429, 13/6/1963, p. 383.

claras de largo aliento (...) El tiempo, pues, como era previsible, comienza a mellar la resignada expectativa de los gobernados”.²⁶

Era en torno a los problemas socioeconómicos donde se manifestaba con dramatismo esa inacción. Los problemas se acumulaban, ya que el gobierno no había “expuesto todavía un plan económico – social coherente o, en rigor a la verdad, no ha expuesto aún plan alguno”.²⁷

Cuando finalmente la CGT anunció el inicio de la segunda etapa del Plan de lucha para mayo de 1964, el tiempo parecía haberse consumido aceleradamente y la imagen que, a los ojos de *Criterio*, devolvía el gobierno era muy poco esperanzadora. Por un lado, estaba el Plan como hecho singular que despertaba la preocupación de diversos sectores, que veían en ello una especie de “gimnasia revolucionaria”. Pero, por otro lado, la radicalización del conflicto sindical no exponía otra cosa que la imposibilidad de construir un orden político legítimo.

En torno a la última de las cuestiones, la revista retomó y profundizó la crítica al gobierno y volvió a reclamar nuevas formas de gestión, “más modernas”, y la integración de los representantes obreros –al igual que los empresarios- en el gobierno. Para *Criterio*:

“El representante político forma parte de la asamblea del sufragio universal (...) ocupa una posición formalmente representativa. Pero en este tiempo se discute y se cuestiona la representatividad de fondo. Tributaria de una legalidad propia de la democracia liberal, la representatividad institucional es, en la Argentina y en muchos otros países que no han enfrentado resueltamente el problema, insuficiente”²⁸.

Tal insuficiencia se acrecentaba dramáticamente en el contexto de un gobierno que había accedido al poder gracias a una cantidad de votos exigua. Siguiendo a Joseph Folliet, la revista sostuvo que la “esencia de la democracia es la participación” entendida como una dimensión diferente e incluso alternativa a la representación liberal. El reclamo era entonces que aquellos que accedían a posiciones de poder a partir del sufragio debían hacer lugar en el gobierno a grupos e intereses profesionales. Era necesario crear espacios

²⁶ “Política: el poder como problema”, *Criterio*, N° 1441-1442, 25/12/1963 p. 920.

²⁷ “En torno del Consejo Económico y social”, *Criterio*, N° 1445, 13/02/1964 p. 84.

²⁸ *Ibídem*.

institucionales para canalizar esa participación, aunque dejando de lado recetas corporativistas y tomando como ejemplo a imitar los consejos económicos y sociales de la postguerra europea. Además, este tipo de consejos respondía a la exigencia de saberes técnicos profesionales, planeamiento y eficiencia que parecían formar parte de un sentido común de época.

En este marco la CGT fue considerada “un grupo de presión” -sin que ello constituya un mal en sí mismo- cuya presencia se explica por “un proceso de transformación social y política que no tiene adecuada correspondencia en las instituciones contemporáneas”.²⁹ Por esta razón, cuando arreciaron las críticas a la CGT por la ocupación de los lugares de trabajo, *Criterio* prefirió tomar distancia y señaló que esas críticas no se preocupaban con la misma intensidad por los motivos de fondo que tenían que ver con aquella disfuncionalidad de las instituciones propias de la democracia liberal. Teniendo en cuenta que los primeros en desconocer este problema eran los empresarios, a dos meses del inicio del Plan, la revista tendió a justificar la decisión de la CGT:

“parece olvidarse que la cordura y la resignada espera han prevalecido en los sectores medios y laborales y que no han sido ellos los causantes principales de la crisis ni de los fracasos en la dirección económica de los últimos años. La ocupación de centros de producción es una medida singularmente grave, pero no es esencialmente ilegítima. Puede ser éticamente legítima si se parte de un concepto de derecho de propiedad distinto del tributario del liberalismo (...) El concepto moderno y cristiano de la empresa es otro. La empresa no es únicamente un bien personal. Es una institución privada con ‘destinación social (...) La actitud de lucha de la CGT nos parece hasta ahora justa como un medio de presión para lograr una promoción socio-económica y una conmoción de la mentalidad empresarial vigente”.

El peligro comunista y subversivo que, según los críticos, acarrea el plan, “aparecerá sólo cuando la ‘inoperancia oficial’ abra cause a la ‘reacción popular’. El plan de lucha (...) más bien tiende a producir una presión suficiente como para vencer esa inoperancia y evitar la reacción sin control. En ese sentido, quiere ser un plan para evitar la subversión”.³⁰

²⁹ “El Plan de lucha de la CGT”, *Criterio*, N° 1447, 12/03/1964, p. 163.

³⁰ *Ibíd.*

También fue negativa la evaluación de la actitud del gobierno. Se entendió que frente al Plan de Lucha “procuró acentuar la imagen de un oficialismo que desea moverse en la legalidad, aparentando concierto, mesura y firmeza” pero que lo que en realidad se ponía de manifiesto eran “las dificultades del gobierno para mantener su autoridad”. Se insinuó que el problema de fondo era la falta de “eficacia” y la “crisis de legitimidad”:

“la aspiración del presidente Illia al orden y la estabilidad para poder trabajar dentro de la ley con provecho para todos es razonable. Más, el presidente Illia describe esa situación como un punto de partida necesario y excluyente para emprender una obra de gobierno. La perspectiva, aunque legítima, nos parece políticamente equivocada. Pues el problema está planteado en términos exactamente inversos, es para llegar a un orden justo y a una estabilidad suficiente que los dirigentes deben producir hechos concretos a fin de aumentar la dosis de autoridad que las elecciones le otorgó y, yendo al fondo de las cosas, para crear una legitimidad ausente desde hace muchos lustros en la Argentina”.³¹ (403-404)

Entre los errores del gobierno tendría particular gravitación en la conflictividad obrera el manejo de la “cuestión peronista”. Lejos de enfrentar el problema que generaba la proscripción y que repercutía a la vez en el peso político de la CGT, la actitud del gobierno fue pasiva y tendió a reforzar el carácter peronista del sindicalismo mayoritario. El objetivo fue “aislar al peronismo” y “neutralizar al sindicalismo” y ello llevó a los sindicalistas “a la intolerancia política y hacia el extremismo”.³² En contrapartida, se comprende bien que aquel reclamo por una democracia capaz de integrar a los representantes obreros era una forma de solucionar también la imposibilidad del orden político resultante del golpe de estado de 1955 y de la proscripción del peronismo. Pero hubo pocas esperanzas de que el gobierno se acercara a esta solución porque lo que predominaba, según *Criterio*, era una visión “simple e inactual de la democracia”, ya que no alcanzaba con “garantizar ‘las libertades públicas’, respetar las funciones del parlamento y someterse a las decisiones de la justicia, sí todo eso no forma parte de un comportamiento coherente y *funcional* del

³¹ “Entre la confusión y la zozobra”, *Criterio*, N° 1453, 11/06/1964, pp. 403-404.

³² *Ibíd.*, p. 404.

poder político”.³³ En síntesis “la sensación que se difunde es la de una conducción lenta e inoperante.”³⁴

Un último aspecto sobre el que nos interesa hacer referencia es el de las perspectivas de la revista frente a las intervenciones de Caggiano. Es necesario destacar que, en términos generales, las preocupaciones de *Criterio* diferían de las que habían llevado a Caggiano a intervenir activamente en el conflicto. Incluso se podría decir que la motivación del cardenal para alcanzar la armonía social y evitar una salida revolucionaria era explícitamente criticada – aunque no puntualizando en la figura del cardenal- por *Criterio*, porque además de parecer una perspectiva arcaica, no se enfocaba en el problema real que tenía que ver con las formas de participación que ofrecía el orden político vigente. Si bien en términos generales, esta diferencia no se hizo explícita, sí hubo alguna oportunidad donde se planteó al menos indirectamente. Una de esas ocasiones se produjo en torno al mensaje del cardenal a propósito de un nuevo 1° de mayo, citado arriba, donde Caggiano sostuvo que sería necesario elegir entre “evolución y revolución” y reclamó que se saciaran las necesidades del pueblo para evitar que “lo realice la revolución”. La propuesta de *Criterio* fue reactiva a la violencia revolucionaria pero sostuvo la necesidad de una evolución cuyo ritmo se adaptara a las necesidades de la Argentina para no transformarse en una evolución “conservatista”.³⁵ En cuanto a la intervención misma de Caggiano en el conflicto, la revista le brindó un apoyo explícito: “La iglesia no es indiferente a la realidad política y la actitud franca del cardenal Caggiano significa, en lo fundamental, el resultado y la proyección de una decisión pastoral (...) El cristianismo no es simplemente una doctrina sobre Dios”.³⁶ Asimismo, se evitó asociar esa intervención con la “evolución conservatista” que criticaba: “No se trata de un simple llamado al diálogo para guardar un orden dado, pues este orden se percibe como agresivamente injusto (...) Se trata de un llamado pastoral para una acción concertada”.³⁷

A modo de cierre

³³ *Ibíd.*, p. 405.

³⁴ *Ibíd.*, p. 403.

³⁵ “Sobre evolución y revolución”, *Criterio*, N° 1451, 14/05/1964, p. 338.

³⁶ “La gestión del Cardenal”, *Criterio*, N° 1454, 25/06/1964, p. 460.

³⁷ *Ibidem*.

En esta ponencia propusimos un acercamiento a un hecho singular como fue el Plan de Lucha de la CGT en 1964 a través de algunos posicionamientos provenientes del mundo católico y en este recorrido destacamos la exteriorización de tensiones que se irían haciendo más explícitas desde entonces. Esos diversos posicionamientos que es posible registrar, no respondieron solamente a las vicisitudes del enfrentamiento que protagonizaron el sindicalismo –particularmente el de orientación peronista-, el gobierno y los empresarios. El trasfondo de mayor densidad que terminó aflorando en la coyuntura era resultado de las disputas que se producían en torno a la “cuestión peronista”, la construcción de un orden político y la radicalización de algunos sectores en el contexto de Guerra fría. A estas cuestiones se sumaron –en lo que tienen que ver específicamente con la Iglesia católica- los debates del Concilio Vaticano II, el compromiso temporal de laicos y sacerdotes o la revisión de las relaciones de poder en el interior de la institución.

Nos enfocamos con cierto detenimiento en las intervenciones de Caggiano y en las miradas desplegadas por una de las publicaciones católicas más importantes del período, la revista *Criterio*. En el primer caso fue posible observar un explícito compromiso en la resolución del conflicto que, además de exponer el lugar central que ocupaba la Iglesia en un orden político inestable en el que los partidos políticos no ejercían la mayor responsabilidad, se llevaba a cabo dentro de un esquema de intervención tradicional de la Iglesia en función de la armonía social. El temor al comunismo y la “subversión”, que emergió como el motivo más importante de esa intervención, tenía poco de novedoso pero el contexto continental le otorgaba una particular significación. De todas formas, a pesar del protagonismo de Caggiano y de su impronta como representante de la Iglesia argentina, en un campo católico movilizado, no alcanzó a obturar la expresión de otras perspectivas. La tensión más evidente se dio con aquellos sectores que, alejándose del ideal de la armonía de clase, se comprometían con las luchas de los sectores obreros o de ese sujeto “pueblo” entendido como una parte –la de los desposeídos- de la comunidad.

En el segundo caso analizado encontramos que *Criterio* asumió una posición diferente. La revista asoció al conflicto laboral con la crisis de un régimen político incapaz de dar repuesta a los cambios sociales y relativizó explícitamente las miradas que se centraban en el componente “subversivo” del Plan de Lucha. El planteo de *Criterio* no se exponía como

un contrapunto con Caggiano -por el contrario se apoyaba su intervención- aunque no es difícil advertir la vinculación entre la insistencia del cardenal en el peligro que acechaba a la patria y las miradas “conservatistas” que, para *Criterio*, era necesario superar para construir un orden legítimo ausente desde 1955. La revista iba más allá del conflicto y proponía integración de los trabajadores en el gobierno como alternativa al formalismo de la democracia liberar basada en la representación a través de partidos políticos. En cierto sentido, no era una propuesta original si tenemos en cuenta que, antes y después, la integración de los sindicatos en el juego democrático fue pensada como una posible solución a la imposibilidad de consolidar un orden sin necesidad de contar con Perón. En todo caso, de lo que se trataba era de otorgarle un marco legal al funcionamiento de hecho de la democracia argentina durante esos años.

Bibliografía

- ACHA, O. (2000). Organicemos la contrarrevolución: discursos católicos sobre la familia, la reproducción y los géneros a través de *Criterio* (1928-1943). En O. Acha y P. Halperín (comps.), *Cuerpos, géneros, identidades. Estudios de Historia de género en Argentina* (pp. 135-194). Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- BORRELLI, M. (2012). *Criterio* frente al golpe de Estado de 1976: una apuesta a la salida institucional. J. Saborido y M. Borrelli (Comps.), *Voces y Silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)* (pp. 225-249). Buenos Aires: Eudeba.
- DE RUSCHI CRESPO, M. I. (1998). *Criterio, un periodismo diferente: génesis y fundación*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- FARRELL, G. (1992) *Iglesia y Pueblo en la Argentina. Historia de 500 años de evangelización*. Buenos Aires: Patria Grande.
- GHIO, J. (2007) *La Iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- GODIO, J. (2000) *Historia del movimiento obrero argentino, Tomo 2*. Buenos Aires: Corregidor.
- JESÚS, L. (2007). Católicos y nacionalistas en los orígenes de la revista *Criterio*, 1928/1930. Ponencia presentada en las *XI^o Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007. Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- LIDA, M. (2015). Estética, cultura y política en la revista *Criterio* (Argentina, 1928-1936). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales, Débats. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/67968> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.67968
- MEJIA, J. (1977) Las tres etapas de *Criterio*. En *Criterio*, N°1777-1778, 24/12/1977, pp. 671-676
- MORELLO, G. (2005). La libertad de opinión en la Iglesia de Córdoba. En Schickendantz, C. *A 40 años del Concilio*. Córdoba: EDUCC, pp. 231-298.

- PATTIN, S. y SCHKOLNIK, I. (2013). El mundo del trabajo y la revista Criterio, un vínculo conflictivo (1966-1979). *Itinerantes*, 133-152.
- RAPALO, M. E. (1990). La Iglesia católica argentina y el autoritarismo político: la revista Criterio 1928-1931. *Anuario IEHS*, 5, 51-70.
- RODRÍGUEZ, A. M. (2003). Cuerpo, familia y género. La revista Criterio, discurso católico en la Argentina de mediados del siglo XX. *Anclajes*, 7, 201-240.
- SCHNEIDER, A. (2005) *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- SMULOVITZ, C (1993) La Eficacia como Crítica y Utopía. Notas sobre la Caída de Illia. *Desarrollo Económico*, vol. 33 p. 403 – 423.
- TARONCHER, M. (2009) *La caída de Illia*. La trama oculta del poder mediático. Buenos Aires, Vergara, 2009.
- ZANATTA, L. (1996). *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*. Bernal: UNQUI.
- ZANCA, J. (2006) Los intelectuales católicos y el *fin de la cristiandad*. 1955-1966. Buenos Aires: FCE.